

# Literatura de Córdoba

## Tercera lección: Córdoba-árabe

Cuando en el año 711 llegan los árabes a España, provocan un cambio de extraordinarias dimensiones en todos los aspectos de la vida pública. Elegida Córdoba para centro de sus operaciones primeras y habiendo dejado en ella, luego, la capitalidad de la España Musulmana, en nuestra ciudad se asientan todas las manifestaciones de la vida social. Y, desde el primer momento, con un vigor y una energía poderosos, comienza a manifestarse en Córdoba el viril esfuerzo de los dominadores. La religión que profesan les obliga a extender la verdad revelada sin parar en los medios; y con una dinamicidad paralela al ardor de su religión, se preocupan por asentar los cimientos de su poderío, con los argumentos más firmes. Rápidamente, con la voluntad del magnate que de todo dispone, el pueblo musulmán levanta la Mezquita, aprovechando todos los elementos que caen en sus manos; pero con el acierto de utilizar esos elementos, hasta dar a la visión de conjunto una fisonomía propia; esto es: al lado del poder que no hay más remedio que aceptar, va situando las otras cosas que no aparecen más que en insinuación; pero que se rodean de brillo y esplendor externos; que son, en muchas ocasiones, los que atraen a las miradas elementales. Y traen también una poesía propia. Ya decía Abde-rahmán I, al venir de Siria, dirigiéndose a una palmera que plantó en Córdoba:

«¡Oh, palmeral Tú eres, como yo, extranjera en Occidente, alejada de tu lugar de origen».

Y traen unas costumbres, unas leyes y unos hombres.

Dura en Córdoba la dominación de los musulmanes hasta el año 1236, en que San Fernando la conquista. Han pasado cinco siglos, y en ellos, nuestra ciudad ha tenido ocasión de ostentar la hegemonía de Occidente; de ser la ciudad española de más glorioso poderío y de albergar la corte más culta, más amante del saber y más propicia al estudio de lo clásico de todas las de la E. M.

La corte introduce rápidamente su idioma, aún luchando en un ambiente tan hostil como este de Córdoba, en donde tan firmemente

se asienta el elemento cristiano. ¿Cómo es que las Escuelas Mozárabes de Córdoba, siendo unas de las más importantes de la Península, no son alejadas por sus maestros de la corte musulmana, en donde las persecuciones habrían de ser más violentas y los peligros más frecuentes? Tal vez pudiera explicarse éste, si se comprobara cual era, en los últimos tiempos de la monarquía visigoda, la importancia de nuestra ciudad y cuáles y de qué volúmen son los elementos con que cuenta el último Gobernador de Córdoba, don Rodrigo, para alzarse con el cetro de España a la muerte de Witiza.

La corte promueve de una manera extraordinaria la cultura y llama a ella a todos los sabios y a todos los estudiantes; fomenta el amor al libro y con el empleo del papel, ya de uso corriente, se comienzan a reunir aquellas famosas Bibliotecas, que fueron notables, porque en ellas se encerraron todo cuanto era digno de saber en la ciencia o en las artes, juntamente con lo que constituye el arte del libro, confeccionados siempre por los mejores dibujantes e iluminadores y adornados con las más bellas encuadernaciones. El Rey Alhaquen llegó a tener en su Biblioteca cuatrocientos mil volúmenes, cifra que solo sobrepasa después la que Abu-Chafar ben Abbás, Visir del Rey Zohair, tuvo en Almería y en la cual todos los volúmenes eran joyas bibliográficas.

«Nunca, ha dicho Dozi, había reinado en España príncipe tan sabio; y aunque todos sus predecesores habían sido hombres cultos, aficionados a enriquecer sus bibliotecas, ninguno buscó con tal ansia libros preciosos y raros. En el Cairo, en Bagdad, en Damasco y en Alejandria tenía agentes encargados de copiarle, a cualquier precio, libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno: era un taller donde no se encontraban más que copistas, encuadernadores y miniaturistas. Sólo el catálogo de su biblioteca se componía de cuarenta y cuatro cuadernos, de veinte hojas según unos, de cincuenta según otros, y no contenía más que títulos de libros y no su descripción. Cuentan algunos escritores que el número de volúmenes ascendía a cuatrocientos mil. Y Alhaquem los había leído todos, y lo que es más, había anotado la mayor parte. Escribía, al principio o al fin de cada libro, el nombre, el sobrenombre, el patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y muerte y las anécdotas que acerca de él se referían. Estas noticias eran preciosas. Alhaquem conocía mejor que nadie la historia literaria; así que sus notas han hecho siempre autoridad entre los sabios andaluces. Los libros

compuestos en Persia y Siria éranle con frecuencia conocidos antes que nadie los hubiera leído en Oriente. Habiéndose enterado que un sabio del Irac, Abulfarach Ispahaní, se ocupaba en reunir noticias de los poetas y cantores árabes, le envió 1.000 monedas de oro, suplicándole que le mandara un ejemplar de su obra en cuanto la hubiera terminado. Lleno de reconocimiento se apresuró Abulfarach a complacerle, y antes que diera al público su lección, que es todavía la admiración de los sabios, envió al Califa español un ejemplar corregido, acompañado de un poema en su alabanza, y de una obra sobre la genealogía de los Omeyas: un nuevo regalo fué la recompensa. En general la liberalidad de Alhaquem para con los sabios españoles no conocía límites; así afluían ellos a su corte. El monarca los alentaba y protegía a todos, incluso a los filósofos».

Pero después de la conquista de Córdoba, todo este esplendor desaparece. ¿Donde van a parar aquellas magníficas colecciones de libros? Hay que suponer que, siguiendo la moda del Califa, otros magnates tuvieran en su casa libros también. De todo aquel esplendor ¿qué ha quedado? En la arquitectura se producen en Córdoba muchas muestras del arte mudéjar—árabe sometido—que, correctamente evolucionado, hubiera constituido acaso el genuino arte español, al decir de los críticos; en cambio, de la literatura mudéjar, casi nada nos queda. Lentamente, a través de todo este período de larga y dura dominación, el espíritu cordobés ha seguido su curso; ha tenido primero un choque violento, al tropezar con el arte nuevo, diferente y vario, que le llega de Oriente; a duras penas ha resistido el impulso. Después ha logrado que este arte clásico, reduzca sus ambiciones, se popularice; y el arte nuevo que se forma, si tiene sin duda elementos orientales, es más occidental; es decir, ha logrado conservar de lo exótico, lo selecto, o lo que mejor le ha parecido.

Para llegar a esta fusión, ha sido necesario vencer muchos obstáculos.

Lo que a primera vista pudiera parecer el primer resultado de la introducción de esta literatura en nuestra vida, es el llevar a los hombres cultos a otro campo distinto al del dogma cristiano y a la Apología de los mártires. La lucha religiosa había apartado un poco a nuestros hombres de letras, sino abiertamente, de la literatura profana, especialmente por lo que se refería a la poética, la cual vivía casi con carácter exclusivo, en su ambiente popular; es decir, que al mismo tiempo que en las Escuelas isidorianas se afirmaba que ha-

bía una clara línea divisoria entre el idioma de los estudiosos y el de la gente del pueblo, y se practicaba, el que esa línea de separación delimitase bien los campos, se instituía también que los temas profanos debían ser excluidos de las Escuelas, ya porque así lo proclamaba la necesidad de propagar la Religión cristiana, ya porque se consideraban como poco apreciados para figurar en el cuadro de estudios de una institución seria. Y así, el pueblo visigodo, que sigue en un todo al pueblo mozárabe, desdeña abiertamente las manifestaciones populares que intentan aparecer ya en el idioma, ya en la métrica y olvidan casi en absoluto las obras que los atrevidos han podido llevar a cabo.

La autoridad del pueblo dominador se impone y en Córdoba comienza a cultivarse la literatura profana; y a la didáctica que tan estrecha visión ha tenido en su resumen en las Escuelas isidorianas de Córdoba, se le dan otros horizontes, que, en resumidas cuentas, no es más que independizarla de las cosas ajenas a la verdad que ella busca.

Pero los musulmanes no cultivan todos los géneros; en el genio de su raza no se acoplan algunos de los que tan bien se incluyen en el espíritu español; tal el dramático, que por sí solo constituye uno de los más ricos florones de nuestra literatura. Los musulmanes cordobeses dedican su actividad a la lírica y a la didáctica. Ya veremos como son estas, precisamente, las dos ramas del saber que más dominan en nuestra ciudad en todos los tiempos.

Respecto de la lírica, nada mejor que estas palabras que ha dicho Schack, el ilustre autor de «La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia»:

«Las producciones líricas—dice Schack—de los poetas arábigo-españoles se distinguen en general por la dicción rica y sonora y por el brillo y atrevimiento de las imágenes. En vez de prestar expresión a los pensamientos y dejar hablar al corazón, nos agovian a menudo con un diluvio de palabras pomposas y de imágenes esplendentes. Como si no les bastase conmovernos, propenden a cegarnos, y sus versos se asemejan, por el abigarrado colorido y movimiento deslumbrador de las metáforas, a un fuego de artificio que luce y se desvanece en las tinieblas, que hechiza momentáneamente los ojos con sus primores, pero que no deja en pos de sí una impresión duradera. El empeño de sobrepujar a otros rivales populares y famosos ha echado a perder de esta suerte muchas de sus composiciones. Y,

por el contrario, el éxito de sus composiciones para con nosotros es tanto mayor cuanto menos ellos le buscan, olvidados de su ambición, y realizando la poderosa inspiración de un instante, dado que expresen un sentimiento verdadero en no estudiadas frases.

»Los asuntos sobre los cuales escriben son de varias clases. Cantan las alegrías del amor bien correspondido, y el dolor del amor desgraciado; pintan con los más suaves colores la felicidad de una tierna cita, y lamentan con acento apasionado el pesar de una separación. La bella naturaleza de Andalucía les mueve a ensalzar sus bosques, ríos y fértiles campos, o les induce a la contemplación de tramontar resplandeciente del sol o de las claras noches ricas de estrellas. Entonces acude de nuevo a su memoria el país nativo de su raza, donde sus antepasados vagaban sobre llanuras de candente arena. Expresiones de un extraño fanatismo salen a veces de sus labios como el ardiente huracán del desierto, y otras de sus poesías religiosas exhalan blanda piedad y están llenas de aspiraciones hacia lo infinito. Ora convocan a la guerra santa con fervorosas palabras, a los reyes y a los pueblos; ora aclaman al vencedor; ora cantan el himno fúnebre de los que han muerto en la batalla, o se lamentan de las ciudades conquistadas por el enemigo, de las mezquitas transformadas en iglesias y de la suerte infeliz de los prisioneros, que en balde suspiran por las floridas riberas del Genil desde la ruda tierra de los cristianos. Elogian la magnanimidad y el poder de los príncipes, la gala de sus palacios y la belleza de sus jardines; y van con ellos a la guerra, y describen el relampaguear de los aceros, las lanzas bañadas en sangre y los corceles rápidos como el viento. Los vasos llenos de vino que circulan en los convites, y los paseos nocturnos por el agua a la luz de las antorchas, son también celebrados en sus canciones. En ellas describen la variedad de las estaciones del año, las fuentes sonoras, las ramas de los árboles que se doblan al impulso del viento, las gotas de rocío en las flores, los rayos de la luna que rielan sobre las ondas, el mar, el cielo, las pléyades, las rosas, los narcisos, el azahar y la flor del granado. Tienen también epigramas en elogio de todos aquellos objetos con que un lujo refinado ornaba la mansión de los magnates, como estatuas de bronce o de ámbar, vasos magníficos, fuentes y baños de mármol, y leones que vierten agua. Sus poesías morales o filosóficas discurren sobre lo fugitivo de la existencia terrenal y lo voluble de la fortuna, sobre el destino a que hombre ninguno puede sustraer-

se, y sobre la vanidad de los bienes de este mundo, y el valor real de la virtud y de la ciencia. Con predilección procuran que duren en sus versos momentos agradables de la vida, describiendo una cita nocturna, un rato alegre pasado en compañía de lindas cantadoras; una muchacha que coge fruta de un árbol, un joven copero que escancia el vino, y otras cosas por este orden. Las diversas ciudades y comarcas de España, con sus mezquitas, puentes, acueductos, quintas y demás edificios suntuosos son encomiadas por ellos. Por último la mayor parte de estas poesías están enlazadas con la vida del autor; nacen de la emoción del momento; son en suma, improvisaciones, de acuerdo con la más antigua forma de la poesía semítica».

Dos tendencias principales se manifiestan en el desarrollo de esta poesía, clasicista y popular.

En la época del Califato estuvo completamente divorciada la poesía erudita de la popular, y una y otra se desarrollaban casi sin tener ningún punto de contacto, ya por preocupaciones religiosas, ya por dificultades filológicas. De lo que no cabe ninguna duda es de que la poesía de los musulmanes, y con mayor intensidad en la época española, es de una dificultad extrema. A propósito de ella dice Menéndez Pelayo, aunque en sus palabras haya alguna exageración: «En muchos casos esta poesía nada dice, ni aspira a decir nada; todo el esfuerzo del autor se funda en una pueril combinación de sonidos, que naturalmente es imposible hacer pasar a otra lengua. No hay poesía que se resista a la imitación tanto como ésta. Las escuelas en donde la afectación del versificador y el desprecio de la forma íntima han llegado más lejos, la escuela de los trovadores provenzales, el culteranismo español del siglo XVII, los modernos cenáculos parisienses de Parnasistas, Decadentistas y Simbolistas, todavía se quedan a larga distancia de tan inextricable rompecabezas, de tan voluntario y estéril enervamiento».

La tendencia clasicista es, desde luego, producto de la importación. La poesía lírica tiene importancia capital en la corte de los Califas. Las fiestas literarias de la corte, en las cuales es preciso leer o recitar los poemas nuevos, se han hecho precisas y sustituyen a todas las reuniones cortesanas posteriores, actuales también, en las cuales se ha de buscar un pretexto para lucir el esplendor en la corte y precisamente un pretexto que hable bien de la cultura de las reuniones. A estas fiestas concurren con su ejemplo los mismos Ca-

lilas; y los cortesanos fomentan el cultivo de las letras protegiendo todas las manifestaciones de ellas.

Sus poesías son naturalmente, de una delicadeza exquisita y en ellas se intenta y muchas veces se consigue, no sólo reflejar el espíritu del autor, sino la cultura de aquel público que va decidido a encontrar la belleza y tiene preparación bastante para hallarla aunque se esconda detrás del más intrincado laberinto metafórico.

De Abuomar Amed Abenabderrabihi, son estos versos de imágenes delicadas:

«Jamás vi ni oí cosa como ésta: Una perla que por el pudor se transforma en cornalina.

Tan blanca es su cara, que, cuando contemplas sus perfecciones, ves su propio rostro sumergido en su claridad».

De gran importancia es la figura de El Tálic, bisnieto de Abderramán III, que, educado en un ambiente de comodidad y regalo, y amigo de los mejores poetas de su época, se contagió del romanticismo por entonces reinante y concibió una pasión profunda por una esclava de su casa; pero el padre, admirador también de la belleza de la muchacha, la tomó para sí, y El Tálic, no pudiendo sufrirlo, fué parricida. Almanzor lo encarceló y encerrado pasó muchos años; pero un día Almanzor determinó soltarlo, y alrededor de este hecho imprevisto se tejieron graciosas leyendas populares en las que figura El Talic, a pesar de su crimen, aureolado por la admiración y la simpatía.

Fué un excelente poeta y admirablemente representativo del arte califal y una de las más bellas poesías es su *Casida en caf*, a la que pertenecen estas bellas estrofas:

Su talle flexible era una rama que se balanceaba  
sobre el montón de arena de su cadera  
y de la que cogía mi corazón

frutos de fuego.

Los rubios cabellos  
que se asomaban por sus sienas  
dibujaban un lam en la blanca página de su mejilla  
como oro que corre sobre plata.

El vaso lleno de rojo néctar  
era entre sus dedos blancos

como un crepúsculo que amaneció encima de una bella aurora.  
 Salía el sol del vino  
 y era su boca el poniente  
 y el oriente la mano del copero  
 que al escanciar pronunciaba palabras corteses.  
 Y al ponerse en el delicioso ocaso de sus labios  
 dejaba el crepúsculo en sus mejillas.

Cuando ya se ha iniciado la decadencia política en nuestra ciudad, todavía sigue durante mucho tiempo viviendo la corte literaria y en ella florece uno de los mejores poetas líricos de la España musulmana: Adenzeidúm.

En la corte de Beni-Chauart vivía por entonces una delicadísima poetiza, Walada, que adquirió fama extraordinaria, no sólo por la perfección de sus versos, sino también porque en su casa reunía, con una despreocupación un poco aparte del recogimiento usual, una corte literaria a la que acudían los ingenios más sobresalientes de por entonces. Pronto surgió el amor entre Walada y Abenzeidúm, pero este, pasado algún tiempo, hubo de serle infiel a la poetisa, que le abandonó para siempre; y desde entonces Abenzeidúm vagó, con su arrepentimiento, por todas las cortes de los Reyes de Taifas, pero especialmente vivió en Sevilla, en donde reinaba el gran poeta Almotádid. Su peregrino ingenio logró atraerle enemigos, que al fin lo alejaron de sus días de triunfo y esplendor.

De todos estos momentos nos ha dejado muestras el ingenio del poeta. Son bellísimas las canciones en que canta el amor correspondido y las delicias de un secreto, que por nadie ha sido violado; pero son aún más bellas las lamentaciones con que luego solicita la vuelta de aquellos tiempos que tanta felicidad supieron traerle. Al lado de cada verso o envolviendo cada una de sus estrofas, el poeta consigue poner la profunda desesperación que le embarga y los amargos reproches que se dirige, por haber dejado escapar de sus manos un bien tan alto.

Alejados uno de otro, mis costados están secos de pasión por tí;  
 y en cambio, no cesan mis lágrimas.  
 Al perderte mis días se han cambiado, y se han tornado negros,  
 cuando contigo hasta mis noches eran blancas.  
 Diríase que es que nos hemos pasado juntos la noche,  
 sin más tercero que nuestra propia unión, mientras que nuestra

buena estrella hacía bajar los ojos de nuestros censores.  
Eramos dos secretos en el corazón de las tinieblas,  
hasta que la lengua de la aurora  
estaba a punto de denunciarnos.

Como poeta de la corte de Ben Chauar y más aún en la de Sevilla, Abenzeidúm arranca a su lira frases rebuscadas que ensalzan hiperbólicamente el poderío de sus señores y metáforas difíciles y artificios métricos enrevesados, que dan a la corte el ambiente enraecido y singular con que se quiere olvidar la decadencia política que se advierte.

En todas ellas, la fresca inspiración del poeta, encuentra acentos dignos de la Atenas andaluza, como se suele llamar a Córdoba por este florecimiento de las artes y de las letras.

Pero al mismo tiempo que brillaba esta poesía en Córdoba, otro género se iba elaborando de mayor importancia para el desenvolvimiento de nuestra historia: el de la tendencia popular, a la que hicimos alusión más arriba. Nunca la España Omeya había podido independizarse del ambiente español en que vivía y la palmera traída de Oriente, necesariamente hubo de alimentarse de la tierra sobre que se sustentaba. Ya lo expresó con frase inconvencible uno de sus poetas, al que más abajo aludiremos con otros motivos, Abenhazan, diciendo:

Yo soy el que brilla en el cielo del saber;  
mas, mi defecto es que mi Oriente es el Occidente.

La España que se está formando, no podrá eludir nunca ni la influencia oriental ni el espíritu autóctono y de esta manera ha de ir saliendo algo que personifica, caracteriza nuestra individualidad.

Los poetas, tal vez alejados de las cortes, porque éstas no pueden pagar ya el lujo y la molición que ellos piden, según unos, o atraídos por algo que vale más que el favor de los Príncipes, que es el favor del pueblo, deciden cantar con la voz del pueblo; y crean esa modalidad de canciones populares, en las que tan poderosamente están marcadas las influencias que el pueblo ha ido llevando paulatinamente al idioma siempre culto y cultivado científicamente de los poetas de las cortes de los Califas. Un poeta cordobés, Mocadem de Cabra, el ciego, aprovechando que el lenguaje familiar es el romance o latín en su evolución, inventa un nuevo sistema, el *zéjel* y la *moaxaja*, en el que se advierten las dos influencias, la oriental

y la autóctona. Esta poesía, cultivada sólo para ser cantada en el ambiente familiar del Harem, o en las reuniones del pueblo bajo, es luego aceptada generalmente.

El poeta más representativo de esta tendencia es Abencuzmán, el que se conoce con el nombre de *el zejelero*; esto es, el compositor de Zéjeles por antonomasia. Es un poeta que renuncia abiertamente a la tranquilidad de su casa atraído por la vida bulliciosa y alegre de la orgía constante y busca en la amistad de las gentes divertidas la ocupación para su tiempo, siempre ávido de emociones inesperadas. Se convierte en un cantor de plazuela y como tal nos ha dejado una rica colección de poesías, en las que aparece desde luego la influencia oriental; pero en las que hay también y en mayor medida, rastros del contacto con la modalidad autóctona.

De sus poemas eróticos, véase uno muy significativo:

Célibe soy y continuar así es lo más prudente.  
 no me casaré hasta que los cuervos encanezcan.  
 Condición del calavera es pasar los días alegremente.  
 El que hace algo de provecho, comete pecado.  
 Estoy bebiendo en compañía de una hermosa.  
 Los pajaros gorjean. ¡Qué delicia!  
 El río... el céfiro... la verdura... el coqueteo...  
 El alfaquí me dice: «Oye, arrepíentete».  
 Si esto hiciera yo, sería verdaderamente un estúpido.  
 ¿Cómo me he de arrepentir, si los jardines se ponen risueños  
 y el céfiro exhala perfumes de almizcle?

Con estos cantos entretiene al público en las plazas cordobesas, el cual le entiende bien, pues, como dice Ribera, «la lengua en que están escritos no es la que enseñaban los pedagogos, sino la corriente, vulgar en Córdoba, con los chistes callejeros, las frases de granujas, de chulapos de cordel, de estudiantes, de niños que juegan en las calles; frases estereotipadas, muletillas de oficios y hasta disparates verdaderos que se pronuncian en las conversaciones caseras». Y en la métrica, «usa siempre de consonancias con sistema más perfecto y sistemático que el antiguo europeo».

Es desde luego la lírica la más importante de todas las manifestaciones literarias entre los musulmanes; por el carácter especial de su religión y de su gobierno, los demás géneros literarios quedan casi excluidos; tal sucede con la dramática de la cual sólo aparecen

humildísimos vestigios en la poesía popular de Abencuzmán, como luego tendremos ocasión de referir; con la epopeya, de la cual hay también atisbos que, más que musulmanes, son producto natural de la influencia del carácter español en el desarrollo de lo árabe; con la oratoria, que está reducida, bien a las lecturas públicas del Korán, bien a la expresión de doctrinas científicas de toda especie. En la didáctica sí que hay un magnífico florecimiento; al lado de la riqueza, del brillo extraordinario de la corte de los Califas, aparece un amplísimo deseo de saber, al mismo tiempo que los monarcas se preocupan por allegar a Córdoba lo mejor en toda clase de conocimientos, las gentes se sienten solicitadas, ya por el deseo de adular, ya porque la curiosidad se despierta. Los sabios que acuden a Córdoba, necesitan, para el amplio desenvolvimiento de sus disciplinas, una intensa colaboración, que sólo se puede conseguir con la creación de las Escuelas. Y estas Escuelas comienzan a funcionar, abiertamente protegidas por el gobierno, como si con ellas se intentase neutralizar el esfuerzo de las Escuelas mozárabes, que tanto contribuían a mantener, no solo el espíritu religioso, que aunque lo parezca, es solo en lo externo, sino el espíritu español mucho más amenazado en la primera época de la dominación de lo que a primera vista parece.

Contando, pues, con esa protección oficial, la ciencia se desenvuelve con soltura, y aparece, tal vez en primer lugar, la Gramática; que es la que educa a los poetas en el uso del idioma. La versificación musulmana, llena de artificios, necesita un detenido y profundo conocimiento del idioma; pero esta Gramática es clásica, pues en el espíritu de todos los educadores está patente el deseo de que se conserve entre los españoles, el árabe en toda su pureza y toda influencia es rápidamente desechada.

Más desarrollo tiene la Historia y se funda especialmente en el relato de los sucesos ocurridos en España desde el 711. Pero en los primeros tiempos estos relatos están hechos un poco novelescamente y son, casi con toda seguridad, centones de tradiciones, en los que la exactitud se debe más bien a la casualidad, que al espíritu crítico del colector. Tal sucede, por ejemplo, con el *Ajbar Macmúa* o colección de tradiciones, en las que se refieren muchos sucesos ocurridos desde la invasión árabe hasta el reinado de Abderrahmán III.

Complemento de ésta, es la Historia de la conquista de España

por Abenalcotía, en el cual ya corre la sangre española, y en la que se llega hasta el reinado de Abdalá en 912. Da noticias muy curiosas, y cuenta sobre todo la Crónica de uno de los hijos de Witiza, Ardabesto, Gobernador de Córdoba, que sabe imponer su entereza y su hombría de bien ante el asombrado Abderrahmán que, generoso, le nombra Conde de los Cristianos de Andalucía y le colma de honores. Abenalcotía ha penetrado bien en el alma española, porque por sus venas corre la sangre de Witiza, de quien es descendiente.

Pero la figura más preeminente es la de Abenhazám, insigne polígrafo que alumbró con su sabiduría casi todo este período. Es autor de obras filosóficas, jurídicas y religiosas; es poeta notable; suya es la obra histórica *El Fisal*, o Historia crítica de las religiones, sectas y escuelas, en donde «expone y critica todas las actitudes del espíritu humano en materia religiosa».

Quizá la obra en que trabajó con más cariño, acaso porque fuera un reflejo de su alma es *El collar de la paloma*, que es un tratado del amor y de los amantes.

He aquí la ajustadísima descripción que hace de él el señor González Palencia; con esta referencia podrá verse el interés enorme que tiene la obra, no sólo por el asunto, ya muy atractivo, sino por el minucioso estudio personal y experimental que ha hecho de esta dulce inquietud eterna de los hombres.

«Consta de treinta capítulos de parecida estructura; acerca de una cualidad del amor da la definición; y después se comprueba con datos o anécdotas históricas, entre las cuales se intercalan versos, casi siempre del autor.

El mismo Abenhazám clasifica los capítulos en cuatro grupos. El primero (10 capítulos) trata de la esencia del amor, sus señales y las vías por las cuales entra en el alma del hombre: a saber, el sueño, el relato, la mirada, el trato continuado, la ilusión de las palabras, los signos de los ojos, la correspondencia y el intermediario; el segundo (12 capítulos) se refiere a los atributos y accidentes del amor: al amigo protector, la unión de los amantes, el secreto guardado, el secreto descubierto, la obediencia de los amantes, el amante poco delicado, cualidades y aún defectos amados en la persona querida, contento y humildad, fidelidad, traición, debilidad de la salud, muerte del amor; el tercero (6 capítulos) se contrae a los peligros y desgracias que amenazan al amor: reproches, espionaje, calumnia,

ruptura, separación o partida, olvido; el cuarto (2 capítulos) trata del adulterio y el amor desordenado y recomienda la abstinencia.

Las manifestaciones del amor son múltiples: desde el profesado al Creador hasta el que se experimenta por los placeres inmundos; nadie, ni los más poderosos soberanos, ni los más piadosos ascetas, se han librado de su aguijón. ¿Cuál es la esencia del amor? «La unión de dos almas separadas en el mundo terrestre, pero que habían estado reunidas en el mundo superior». El alma humana busca otra que se le parece: así que la unión se restablece, el alma se calma y goza su dicha. Pero es difícil averiguar la causa determinante del amor, que no en todos los casos es la belleza, ni la conformidad de caracteres, costumbres, aficiones, etc..

El principal signo exterior es la mirada fija sobre la persona amada, porque los ojos son el camino que conduce al alma. Entre las diversas maneras de nacer el amor (efecto del sueño, de una descripción, etc.) una es la que de repente impresiona al amante: el amor del poeta, el Ramidí (n.º 12) por la esclava Halúa, es uno de los casos más notables. Se analizan finalmente los caprichos y las rarezas de los amantes, los gustos extraños, las preferencias hasta por las deformidades, como el que solo gustaba de las mujeres pequeñas, porque su primer amor había sido de poca estatura, o la afición de algunos a las rubias, tales los Omeyas españoles y el propio Aben-Hazan. «Ni el poder, ni la riqueza, después de la miseria, ni el retorno tras una larga ausencia, ni la seguridad después del peligro, ni cosa alguna del mundo da idea de la alegría que se apodera de los amantes que llegan a la unión. Su vida se podría llamar entonces «vida renovada», que antes de la muerte les hace gustar las alegrías del paraíso. Esta unión es más bella que las plantas refrescadas por la lluvia, más que las estrellas que aparecen por detrás de las nubes, más que las aguas que murmuran bajo el tapiz de las flores, más bellas que las casitas blancas que se ocultan en la verdura de los jardines».

Varias especies de amor romántico señala Aben-Hazan para quien el amor es casi siempre un sentimiento noble y elevado. Muchas maneras hay de contentarse con el amor: una es el saludo de la amada (que Dante había de repetir en el saludo de Beatriz); alguna vez la amada, herida por el amante con un cuchillo, en lugar de enfadarse, besó repetidamente la herida, regándola con sus lágrimas; otra vez la amante besó la tierra en que se grabaron las pisadas del

objeto de sus ansias, cual habría de hacer nuestro célebre Macías; «el polvo por donde han pasado los piés de Abensahl—decía la joven, con versos de Aben-Hazan—está lleno de cualidades maravillosas. ¡Que lo prueben! ¡Que se tome un puñado y que lo extiendan por las regiones que hace mucho tiempo no conocen la recolección, y se verá si nace el trigo!».

Para la ausencia, para la muerte misma se encuentra el remedio del sueño: si el amado se acuerda de nosotros, su sombra vendrá a vernos durante el sueño; por breve y precario que sea, es nuestro, nos hace resucitar a los amados muertos, nos permite gustar placeres, ya disipados, nos hace olvidar que entre nosotros y nuestro amor al destino ha levantado la piedra de la tumba.

Uno de los capítulos más originales es el dedicado al olvido, que nos hace presentir la muerte fría e implacable más fuerte todavía que el amor. Según las causas, el olvido merece crítica o perdón. Si el olvido proviene del fastidio o el deseo inmoderado de cambio, es censurable; si procede de la separación forzosa del alejamiento sistemático del amado (caso de los amores de Abenházam por una desconocida), o de la grosería, o de la traición del amado, es excusable; si tiene su razón en una causa por encima de la voluntad de los amantes, como la muerte o una separación indefinida, no se puede criticar.

Varios casos cuenta Abenházam de mártires del amor de personas muertas al perder al amado, o por no atreverse a declarar su pasión. Es curiosa la anécdota del andaluz, que, perdida su fortuna, vendió a un berberisco la esclava a quien quería mucho; viendo que no podría separarse de ella, trató de anular la venta, y el berberisco se negó; ni siquiera atendió las súplicas del rey. Entonces, el andaluz se arrojó por el balcón a la calle, y con gran sorpresa de todos no se causó daño alguno; el rey incitó al berberisco a que hiciese lo mismo, ya que decía quererla tanto como el otro, o sino que le arrojarían sus soldados: por miedo, el berberisco cedió.

Esta obra de Abenházam da detalles preciosos de la vida íntima de los musulmanes españoles en el siglo XI. Las terceras que se meten en las casas honradas con mil pretextos (de comadronas, maestras de canto, peinadoras, plañideras, etc.) los amantes originales, degenerados o necios; la dama noble cordobesa que duerme una noche entera bajo el mismo sudario que su esposo muerto; las costumbres amorosas de Almanzor, el arrogante y bello ministro, admi-

rado de todos, desdeñoso con las mujeres apenas había satisfecho su placer; las desgracias de los Omeyas, entre los cuales cita algunos como víctimas del amor: los curiosos datos biográficos del propio Abenházam, acerca de su carácter, de sus amores, de sus amigos, de las vicisitudes de su vida política: todo ésto se halla en *El collar de la paloma*, además del fino análisis psicológico de la pasión amorosa y de cuanto con ella se relaciona; además de los más hermosos versos de Abenházam, en otra parte analizados (núm. 16).

También tiene un notable desarrollo entre los musulmanes la Medicina, la Matemática, la Filosofía, etc., etc. En la Filosofía brillan con extraordinario vigor dos notables escritores cordobeses: uno, Abenmasarra que en una cueva o ermita construída en la Sierra de Córdoba, exponía sus doctrinas religiosas y ascéticas. No se han conservado sus obras, que fueron muy discutidas; pero quedó de él una numerosa escuela. Otro filósofo, el más importante entre los musulmanes, es Averroes, autor de muchas obras, ya traducidas, ya originales. En aquellas se distingue por haber estudiado especialmente las doctrinas de Aristóteles, que son las que inician su obra original. No es el momento presente oportuno para hacer el estudio de la doctrina filosófica de este gran pensador; baste saber, para darse cuenta de su importancia, que el averroísmo es una de las tres direcciones filosóficas de la E. M. El averroísmo influyó notablemente entre los judíos y más aún en la escolástica. En ésta hubo grandes adversarios de Averroes, como Santo Tomás de Aquino, y grandes defensores en la Escuela franciscana.

No es posible averiguar hasta qué punto llega a influir lo musulmán en el desenvolvimiento de lo autóctono; ni es conocido tampoco todo lo que se produce en la época del Califato, que, como hemos dicho, ya ha recogido en sí los gérmenes de nuestra tierra. Pero de lo que no hay duda es que desde que comienza a aparecer la literatura española, hecho que tiene lugar, fijando la fecha por el primer monumento que se conserva, en el año 1140, hasta la Edad Moderna, la literatura y la ciencia españolas, no pueden apartarse de la corriente musulmana, que tan acertadamente ha de dirigir sus pasos. En la labor de depuración de estos hechos, trabaja desde hace mucho tiempo la Escuela arabista española, de la que fué sabio maestro el insigne Codera; y hoy representan Ribera y Asín Palacios. Patente está la notabilísima colaboración que en la ejecución de las obras científicas, históricas y legales de Alfonso X prestan

las obras de los musulmanes cordobeses. El señor Ribera, ha apuntado certeramente que en el Cancionero de Abencuzmán se encuentran notas acusadas de nuestra poesía vulgar y aún un tosco remedo de lo que podrían ser en aquel tiempo los *Juegos de escarnio*, que, son los que luego coadyuvan a la aparición de nuestro teatro con Juan del Encina, que sabe encontrar el punto especial de la unión del *Juego* profano con el *Misterio* religioso. En el artificio de la poesía árabe pueden encontrarse también todos los entretenimientos pueriles de la literatura trovadoresca. En ella figura con marcado trazo el amor platónico, que tiene las mismas características y la misma falsedad que el amor *oudrí*. La celebración de las fiestas trovadorescas, son un claro remedo de aquellas que en la corte de los Califas tenían lugar en los días de grandes regocijos. Y el artificio de los Juegos Florales, que tanta fama alcanzaron en el siglo XIV y que aún siguen celebrándose en muchos lugares de España y Provenza, nació en las fiestas y torneos de poetas, en estas Academias, que como la de Walada, daban pretexto para que la poesía se manifestase, al lado siempre de la musa inspiradora.

También el señor Ribera ha defendido una teoría acerca del origen musulmán de la epopeya española, fundándose en ciertos relatos novelescos encontrados en las colecciones de tradiciones.

Todo esto nos demuestra la natural difusión de esta literatura en la general española, como no tenía más remedio que suceder, dado el extremado auge que alcanza la ciencia en nuestro suelo. Lo más importante de todo es que el espíritu español se ha enriquecido con la incorporación de lo oriental. Que la imaginación que, acaso tendía, por los prejuicios religiosos o de Escuela, a anquilosarse con el cultivo de una sola rama del saber, se ha expansionado y extendido sus límites, que el idioma, precisamente en el momento más difícil, en el de su formación, ha recibido un impulso que ha agrandado su flexibilidad fonética y su riqueza semántica; que la imaginación española, de suyo tan rica y febril, se ha vigorizado con el hallazgo de nuevos y atrevidos tropos; y todo esto, ha surgido en su máxima parte en el ambiente cordobés, que dirige victoriosamente el movimiento del Califato y aún conserva energías suficientes para que en la primera época de los Reinos de Taifas, las escuelas cordobesas irradien su saber por todo el Occidente civilizado.

*José Manuel Camacho Padilla.*